

EL ESPEJO

Por

ÁLVARO SIALER CUEVAS

No sabes por qué pero despertaste. Tampoco recuerdas qué has soñado ni nada. Solo sabes que estás somnoliento y que los ojos te pesan demasiado como para prender la luz... quieres ir al baño.

Apoyándote en la pared, avanzas a tientas sobre ella hasta dar con el umbral de tu puerta y salir del cuarto. Sueltas la pared, das un paso al frente y estiras los brazos al techo mientras tu cara hace alguna mueca. Luego bajas los brazos mientras inspiras profundamente. ¿Es así como se respira, bajando los brazos, o era al revés?, piensas. No lo sabes. En todo caso, te has acostumbrado ya a la oscuridad y detectas que la puerta del pequeño balcón está abierta. Te dices que eso no puede ser, porque tú siempre la cierras antes de dormir por más calor que haga, pues no te gustaría encontrar por ahí un pájaro, un murciélago, una ardilla o algo que se meta en tu departamento mientras duermes. Es decir, son pequeños animalitos más asustados ellos de ti que tú de ellos, pero la sola idea de tener que espantarlos, atraparlos o matarlos te da flojera. Además; sería toda una molestia porque tendrías que conseguir un insecticida, o ir por una escoba, o andar limpiando sangre, y no tienes ni las ganas ni el tiempo para nada de eso, pues debes levantarte temprano para ir al trabajo, te dices.

Sin darle muchas vueltas al asunto, caminas con las manos tanteando el aire frente a ti hasta llegar a la puerta del balcón. La cortina que la cubre está ligeramente corrida y la puerta está totalmente abierta, con la perilla exterior tocando la pared izquierda. Haciendo a un lado la cortina, apoyas tu mano derecha en la pared derecha y con tu izquierda tomas la perilla interior y jalas la puerta hasta cerrarla, no sin dificultad, pues está algo dura y chirría un poco mientras más se acerca al marco.

Das la vuelta hacia el baño, te sientas en el escusado para orinar, pues dudas de que aciertes y no quieres ensuciar el piso. No has cerrado la puerta del baño –¿quién te vería?– ni has encendido el tubo de luz fluorescente. Nunca te ha gustado ese tintineo largo que hace al inicio, encendido, apagado, encendido, apagado, a veces breve, a veces brevísimo, a veces largo, hasta que el aparato se estabiliza y la luz permanece. De niño temías que algo podría pasar mientras el fluorescente tintineaba. Era ridículo, pero te imaginabas que alguien aparecía solo un instante, el suficiente para percibir una presencia que te dejaría para siempre inquieto al no aparecer nunca más y no saber tú quién o qué era, de dónde venía y adónde se había ido, si acaso se había ido. Preferirías que un fantasma –así decías– se dejara ver y te dijera algo, cualquier cosa, de modo que supieras qué estaba pasando y qué tenías que hacer. Pero que algo o alguien apareciera un instante para irse para siempre jamás, esa idea sí que te aterraba. Por eso lamentaste tanto contarles esa fantasía tuya a los gemelos, tus hermanos menores, en un viaje familiar, porque aunque eran siete años menores que tú y ya eras un adolescente, te sacaron el alma del cuerpo cuando se escondieron toda la noche en el baño detrás de la puerta del hotel, con máscaras de los Power Rangers y ropa oscura, y cuando cerraste la puerta del baño y encendiste la luz para mirarte al espejo ahí estaban de pie, quietos, fijos tras de ti. Tu papá no se cansó de azotarte con el cinturón por haberles dejado moretones a tus hermanos esa noche.

Has terminado. Te limpias, te subes el pantalón de la pijama y jalas el escusado. Te paras frente al espejo para lavarte las manos y percibes ahora mucha más luz. No estás seguro pero quizá sean alrededor de las cuatro y pico de la mañana, porque la oscuridad ya no es tanta, tampoco sientes que esté amaneciendo. Detrás de ti, la pared del baño luce mejor su blancura en el reflejo del espejo en el que te miras mientras cierras la llave del lavabo y extiendes tu mano izquierda para alcanzar la toalla. Mientras te secas las manos y te miras a los ojos piensas en tus hermanos y en los años que has pasado sin verlos. Son demasiados. No sabes si fue por tu trabajo, o porque se fueron a estudiar a otros países, o porque tú estuviste ocupado con tu divorcio o con tus deudas. El caso es que has desaparecido de sus vidas en

algún momento sin darte cuenta. Ahora que te contemplas al espejo sientes como si tu vida se te hubiera escabullido a ti también, como si hubieras perdido el rumbo, como si supieras que mañana debes ir al trabajo, aunque francamente no sabes por qué.

Alguien entra al baño y enciende la luz, sus gritos no te dejan escuchar tus pensamientos.

